

# El desenlace previsto de las elecciones

Las elecciones primarias en los Estados Unidos son un sistema tradicional muy espectacular, bastante costoso, complicado y perfectamente inútil. Se supone que forman parte de una forma peculiar de la democracia: los diferentes Estados celebran elecciones interiores dentro de cada partido, por los notables que acudirán a la Convención nacional, para que éstos designen el candidato que presentarán y al que votarán. Celebrada cada Convención, los delegados de los Estados, cada uno con un número de votos diferente —los correspondientes a la densidad demográfica de su Estado—, votan un nombre que ha de ser en la primera vuelta el mismo que votaron en la elección primaria. Si de esa votación sale una mayoría suficiente, la Convención proclama al candidato de su partido a las elecciones presidenciales. Si no hay mayoría, se procede a nuevas votaciones. Pueden entrar en ellas personas que no han competido en las primarias. Y los delegados ya no tienen obligación de voto, sino que quedan en libertad. Es en estas Convenciones, y en sus días previos, donde entran en juego una serie de pactos, maniobras, presiones, que son las que en realidad designan al candidato. Los estados mayores de los partidos, y no las bases, son los que en realidad designan a los candidatos. No vacilan en las maniobras. A veces, un candidato sale disparado en las primarias y no parece que se le pueda detener. En algún caso le ha detenido un par de balas, como a Robert Kennedy. En otros, un escándalo de gran magnitud, como el de Watergate.

Dicho esto, se comprende que lo que está sucediendo en las primarias de los Estados Unidos tenga en principio un interés exclusivamente folklórico. El ascenso veloz de Carter en el partido demócrata es bonito, brillante y da sensación de democracia. El triunfo de Ronald Reagan sobre Ford tiene el mismo valor.

Además del folklore, las primarias tienen una importancia: la de indicación de tendencias populares. En este año se está viendo lo que ya se sabía: es una confirmación de que la mayoría de la opinión dentro de cada uno de los grandes partidos es la de la derecha. Carter, "rey de los cacahuetes", apasionado y espectacular, es lo que se llama "un conservador ilustrado", en el sentido que damos en España a la expresión "derecha civilizada". Quizá algo menos civil-

zada. El republicano Ronald Reagan es un hombre de la extrema derecha. Los dos están en contra de la política de "concesiones a la URSS" del Presidente Ford, contra una política exterior que consideren "abandonista". Ford ya se sabía la lección desde mucho antes y está practicando la política de la "nueva guerra fría", del "final de la coexistencia" y todo lo demás. Está haciendo ya, desde la Presidencia, su campaña.

¿Por qué esta inclinación de los Estados Unidos a la derecha? En primer lugar, es la tradición de los

dos partidos: la costumbre de decir que los demócratas se encuentran más a la izquierda, en política interior como en exterior, no siempre se demuestra en la práctica. Cierto que los demócratas han tenido Presidentes como Roosevelt y Kennedy —separados por muchos años de diferencia— que han dado al país tendencias más liberales, pero siempre sin abandonar los dos pilares eternos: el capitalismo y el imperialismo (con matices: a Roosevelt se le acusó de llevar al país a un socialismo por la intervención estatal en la iniciativa privada, y a

Kennedy se le mató porque buscaba la coexistencia y el establecimiento de un mecanismo imperial sobre democracias mejor que sobre dictaduras). En segundo lugar, se atraviesa una etapa histórica de derechas, como consecuencia del final de la guerra del Vietnam, que había radicalizado a mucha gente por lo que les atañía personalmente (jóvenes llevados a la guerra, elevación continua de impuestos) que ahora vuelven a sus posiciones anteriores o, por lo menos, a una indiferencia política que es derechista; por la nueva abundancia en el país, tras las sacudidas financieras y económicas que han empobrecido al resto del mundo, y por el siempre bien manejado "peligro comunista". Ante lo que se sospecha que son mejoras internacionales de la URSS que aumenta su implantación mundial —de ahí la propaganda hecha en torno a Angola—, y la caída de las dictaduras en Europa del Sur, y los progresos de los partidos comunistas; ante la agitación obrera en Europa como consecuencia de las dificultades económicas que el capitalismo trata de resolver pesando sobre esas clases sociales, los Estados Unidos reaccionan en un sentido de "bunker": piden un gobierno muy firme, un final de las concesiones, una contención interior de los "revolucionarios" (estudiantes, negros, intelectuales), un rearme, unas respuestas rápidas a las acciones exteriores. Esto es, piden una derecha firme.

No le cuesta ningún trabajo incorporar esa personalidad a Ford: ha sido la suya de siempre, como seguidor de Nixon, que, no lo olvidemos, fue el gran protagonista de la primera guerra fría. Un guerrero frío fue Ford, dentro de la modestia de su posición política y del poco caso que se hizo nunca a sus facultades intelectuales. Adoptar este nuevo papel de cruzado del imperio no le es difícil: sólo tiene que dejar llevar, con los límites que le impongan sus propios consejeros. Kissinger le está secundando perfectamente. Kissinger se está jugando su propia permanencia: todos los ataques que recibe en estos últimos tiempos se refieren a su "blandura" en la política exterior. Henry Kissinger sabe que por ser ciudadano de los Estados Unidos de nacionalidad adquirida —de niño era ciudadano alemán, judío— no puede aspirar a la Presidencia ni a la Vicepresidencia: se lo impide la Constitución. Cuando pierda su cargo, en el que es prácticamente



Carter, "rey de los cacahuetes", apasionado y espectacular, es lo que se llama "un conservador ilustrado".



Hubert Humphrey tiene la suficiente dureza para satisfacer a una "derecha civilizada", al tiempo que puede ser un mal menor para una izquierda norteamericana.

todopoderoso —ha convertido en un imperio propio la Secretaría de Estado—, probablemente sólo le quedará el retiro y el regreso a la Universidad: no tiene camino ascendente y lo tiene descendente. Hace todo lo posible, por lo tanto, por conservar a Ford y a su cargo, incluso enfrentarse con sus propias teorías políticas y con el Premio Nobel de la Paz que tan erróneamente le fue concedido. En estas horas, el imperio americano aprieta sobre sus aliados y colonos, y esta presión la ejerce Kissinger. Vamos a ver acentuarse el derechismo Ford-Kissinger hasta que lleguen las elecciones.

Quiere decir esto que por mucho que ascienda Reagan en las primarias, por mucho que surjan otras presiones, Ford va a ser nombrado candidato a la Presidencia en la Convención republicana, como lo han sido todos los Presidentes en ejercicio por parte de sus partidos, con escasas excepciones (Johnson fue una de estas excepciones: hubo de retirarse y anunciarlo con tiempo, derrotado por sus propias contradicciones con respecto a la guerra de Vietnam).

En cuanto al partido demócrata, no parece ahora que Carter vaya a ser el nominado en su Convención. Se habla del senador Jackson, que representa una opción mucho más a la derecha —se le ha presentado, incluso, como el hombre que

podría establecer en Estados Unidos un fascismo—, pero se dice también que el nombre de Jackson va a ser presentado únicamente para dividir a las derechas demócratas en las primeras votaciones. El nombre que en estos momentos favorecen —según parece— los notables del partido demócrata es el de Hubert Humphrey. No se ha presentado a las primarias. Ha dicho que son "un masoquismo político". Una manera de sufrir y gastar dinero por parte de los aspirantes a la nominación. Humphrey calcula que Carter no va a obtener la mayoría necesaria en la primera votación de la Convención: que en la segunda aparecerá él, al mismo tiempo que otros aspirantes —el propio Jackson— que dividirán los partidarios de Carter, y que finalmente será su nombre el que obtenga la mayoría, si es eso, como parece, lo que quieren los santos del partido. Hubert Humphrey es un hombre con la doble personalidad necesaria: si aparece como un liberal y un restaurador de la democracia, se le conoce al mismo tiempo la suficiente dureza —desde su Vicepresidencia con Johnson— como para satisfacer una "derecha civilizada" y ser el mal menor para una izquierda atormentada. Sin embargo, se están lanzando ya contra él los acostumbrados golpes bajos: es demasiado viejo —sesenta y ocho años—, hay rumores de

que tiene un cáncer... El papel de Humphrey, o de quien sea el candidato demócrata, es muy importante en estas elecciones: el de conservar y ampliar en lo posible, con su campaña y con su programa —la "plataforma" que elabora el estado mayor del partido—, la mayoría demócrata en las Cámaras y en los puestos de gobernador. Otra cosa es difícil: la conquista de la Presidencia resulta imposible.

Por la razón de que un Presidente en ejercicio no pierde su reelección. Toda la máquina del poder le apoya. Las elecciones en que uno de los candidatos es ya Presidente —como ésta— carecen de verdadero interés, a no ser el de las especulaciones sobre el número de votos y, como queda dicho, los progresos de los partidos en los otros puestos que salen a elección simultáneamente. Sólo las elecciones en que el Presidente es inelegible por haber transcurrido su tiempo máximo constitucional, y se presentan dos candidatos nuevos, tienen verdadera emoción. En este caso, hay algunas dudas por la forma en que llegó al poder: ni él ni su vicepresidente, Rockefeller, lo han sido por elección, sino por nombramiento como consecuencia del desalojo del poder del par de pillos que lo tenían, Nixon y el vicepresidente Agnew. Al no ser electos, el número de votantes que pueden arrastrar es todavía una incógnita. Pero

el peso del poder y la posibilidad de hacer su campaña desde él es trascendental.

Por eso vamos a ver en estos próximos meses un desarrollo inquietante e la política exterior de los Estados Unidos. Ya lo estamos viendo: se va a acentuar. La confirmación de que la opinión mayoritaria del país —en los niveles de los partidos— se inclina hacia la derecha y la intransigencia, va a mover a Ford a nuevos movimientos políticos en ese sentido. Repercutirán en todo el mundo.

Si todo sigue como hasta ahora, en las elecciones de noviembre habrá dos candidatos: Ford, por el partido republicano, y Hubert Humphrey, por el demócrata. Aún a seis meses de distancia se puede hacer ya el pronóstico favorable a Ford. A menos de que sucedan hechos imprevistos. Cataclismos mundiales, asesinatos, alteraciones graves en el equilibrio del mundo, crisis económica repentina que se precipite sobre los Estados Unidos. O un nuevo Vietnam situado en algún lugar del mundo —Oriente Medio, zona Sur del continente africano—, aunque este caso parece más bien previsible para después de las elecciones.

Probablemente se asistirá también a un progreso del partido demócrata en el Congreso. Esto se debe al deseo de equilibrio democrático de los Estados Unidos. Se teme un Presidente que pueda estar apoyado por una mayoría en el Congreso, porque entonces su poder personal sería inagotable. Hace falta que el Presidente se encuentre con un muro de resistencia ante sus legislaciones. Esta desgracia ya le ocurrió a Nixon, con unas consecuencias tan graves que produjeron su "impeachment", su destitución. El Congreso no le ahorró ninguna penalidad.

Todo indica, por lo tanto, una larga temporada difícil para los movimientos liberales y democráticos en los países influidos por los Estados Unidos. Las presiones sobre Italia, Grecia y Portugal son ya un adelanto de todo ello.

Estamos bastante lejos de aquellos movimientos de opinión democrática en los Estados Unidos que produjeron el apoyo a Kennedy, o la famosa y espectacular derrota de Goldwater frente a un Johnson que se presentaba como un sustituto continuista de la "coexistencia" de Kennedy, de los grandes movimientos de masas contra la guerra de Vietnam, de los ascensos de los negros en la vida de la sociedad de los Estados Unidos. El ciclo presenta ahora la otra cara. No se sabe cuánto puede durar. Ni cuánto pueden influir las acciones en el mundo para que se vuelva al otro aspecto de la política de Estados Unidos. ■ JUAN ALDEBARAN.